





**Viaje alrededor
de mi habitación**

de Xavier de Maistre

seguido de

Semblanza de Xavier de Maistre

por Sainte-Beuve



Xavier de Maistre

Viaje alrededor de mi habitación

Traducción Puerto Anadón
Ilustraciones de Gustave Staal



Sainte-Beuve

Semblanza de Xavier de Maistre

Traducción de J. M. Lacruz Bassols



Primera edición: febrero de 2007

Título original: *Voyage autour de ma chambre*

© de la traducción, Puerto Anadón, 2007

© de la traducción de la *Semblanza de Xavier de Maistre*,
y postfacio, J. M. Lacruz Bassols, 2007

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2007
c/ Alberto Aguilera, 8 28015 Madrid

www.funambulista.net

ISBN: 978-84-96601-26-0

Depósito legal: C-204-2007

Coordinación editorial: Enrique Redel

Motivo de portada: Carl Larsson, *El rincón tranquilo de la sala
de estar* (detalle), 1899. Nationalmuseum, Estocolmo

Impresión, diseño y producción gráfica: Gesbiblo, S. L.

Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Viaje alrededor
de mi habitación



*En mucho autor de mucha ciencia
He leído que mucho pierde
quien mucho recorre el mundo*

Canto I de *Verde-Verde, historia de un loro de Nevers*
Jean-Baptiste de Gresset (1734)*

* [Epígrafe en la edición original de 1795, que se ha utilizado como base de la nuestra, a la que se añaden las pocas notas de la edición de 1839.]

I

¡Cuán glorioso resulta abrirse una nueva carrera y aparecer súbitamente en el mundo de los sabios, con un libro de descubrimientos en la mano, como un cometa inesperado centellea en el espacio!

No, no mantendré más mi libro *in petto*; helo aquí, señores, lean. He emprendido y ejecutado un viaje de cuarenta y dos días alrededor de mi habitación. Las interesantes observaciones que he hecho, y el placer continuo que he experimentado a lo largo del camino, me impulsaban a hacerlo público; la certeza de ser útil me ha decidido a ello. Mi corazón experimenta una satisfacción inefable cuando pienso en el número infinito de malhadados a los que ofrezco un recurso asegurado contra el aburrimiento y un alivio a los males que soportan. El placer que uno siente viajando por su habitación está libre de la envidia inquieta de los hombres; es independiente de la fortuna.

¿Existe, en efecto, un ser lo bastante desgraciado, lo bastante abandonado para no poseer un cuartucho donde poder retirarse y esconderse de todo el mundo? He aquí todos los aprestos del viaje.

Estoy seguro de que cualquier hombre sensato adoptará mi sistema, cualesquiera que sean su carácter y su temperamento; ya sea avaro o pródigo, rico o pobre, joven o viejo, nacido en zona tórrida o cerca del polo: puede viajar como yo; en definitiva, en la inmensa familia de los hombres que hormigean por la superficie de la Tierra, no existe ni uno —no, ni uno (me refiero a los que viven en habitaciones)— que pueda, tras leer este libro, rechazar la nueva manera de viajar que introduzco en el mundo.



II

Podría comenzar el elogio de mi viaje diciendo que no me ha costado nada; este artículo merece atención. Helo aquí primero alabado, festejado por gente de mediocre fortuna; existe otra clase de hombres con quien tiene asegurado un feliz éxito, dado que no ha costado nada. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Y lo preguntáis? Por otra parte, ¿no es de provecho para los enfermos esta manera de viajar? Ya no tendrán que temer las inclemencias del aire y de las estaciones. Para los cobardes, estarán al abrigo de los ladrones; no encontrarán precipicios ni barrancos. Miles de personas que no habían osado antes de mí, otras que no habían podido, y finalmente otras que no habían soñado con viajar, van a animarse a seguir mi ejemplo. ¿El ser más indolente dudaría en ponerse en camino conmigo para procurarse un placer que no le costará ni esfuerzo ni dinero? Valor, pues; partamos. Seguidme, todos vosotros a los que una mortificación del amor, una negligencia de la amistad, retienen en vuestro aposento, lejos de la pequeñez y la perfidia de los hombres. ¡Que todos los desgraciados, los enfermos y los hastiados del universo me sigan! ¡Que todos los perezosos se levanten en masa! Y vosotros que

maquináis en vuestra mente siniestros proyectos de reforma o de retiro por alguna infidelidad, vosotros que en un *boudoir* renunciáis al mundo para siempre, amables anacoretas de una velada, venid también, abandonad, creedme, esas negras ideas; perdéis un instante de placer sin ganar uno de sabiduría: dignaos acompañarme en mi viaje, caminaremos poquito a poco, riéndonos, a lo largo del camino, de los viajeros que han visto Roma y París; ningún obstáculo podrá detenernos, y, entregándonos alegremente a nuestra imaginación, la seguiremos por todas partes a donde le plazca conducirnos.



III

¡Hay tantas personas curiosas en el mundo!

Estoy seguro de que querrían saber por qué mi viaje alrededor de mi habitación ha durado cuarenta y dos días en lugar de cuarenta y tres, o cualquier otro espacio de tiempo; pero, ¿cómo decírselo al lector si yo mismo lo ignoro? Todo lo que puedo asegurar es que si la obra es demasiado larga para su gusto, no ha dependido de mí hacerla más corta: cualquier vanidad de viajero aparte, me hubiera contentado con un capítulo. Estaba, es cierto, en mi habitación con todo el placer y el agrado posible; pero, ¡ay!, no podía salir de ella a voluntad; creo incluso que sin la mediación de ciertas personas poderosas que se interesaban por mí, y por las que mi agradecimiento no se ha apagado, hubiera tenido todo el tiempo de escribir un *in folio* al día, puesto que los protectores que me hacían viajar por mi habitación mostraban una buena disposición hacia mi persona.

Y, sin embargo, lector razonable, ved cuánto se equivocaban esos hombres, y comprended bien, si podéis, la lógica que voy a exponeros

¿Existe algo más natural y más justo que pelearse con alguien que os pisa por descuido, o bien que deja escapar algún término picante en

un momento de despecho, causado por vuestra imprudencia, o bien incluso que tiene la desgracia de gustar a vuestra amante?

Se va a un prado, y allí, como Nicole hacía con el Burgués Gentilhombre, uno trata de pasar de tercera parada a cuarta con el florete,¹ y para que la venganza sea segura y completa, se le presenta el pecho descubierto, y se corre el riesgo de que el enemigo os mate al querer uno vengarse de él. Se aprecia que nada es más consecuente, ¡y sin embargo uno encuentra personas que desapruban esta loable costumbre! Pero lo que es tan consecuente como el resto, es que esas personas que la desapruban, y que quieren que se la contemple como una falta grave, tratarían todavía peor al que se negara a cometerla. Más de un desgraciado, por acomodarse a su opinión, ha perdido su reputación y su empleo; de manera que, cuando se tiene la desgracia de tener eso que se llama «*une affaire*», no estaría de más que lo echase a suertes para saber si debe terminarlo siguiendo las leyes o siguiendo la costumbre; y como las leyes y la costumbre son contradictorias, los jueces podrían también jugarse a los dados sus sentencias. Y probablemente también sea a una decisión de ese tipo a la que haya que recurrir para explicar por qué y cómo mi viaje ha durado cuarenta y dos días justos.

IV

Mi habitación está situada a cuarenta y cinco grados de latitud, según las medidas del padre Beccaria;² su dirección es de levante a poniente, formando un largo cuadrado de treinta y seis pies de lado, que roza la muralla. Mi viaje contendrá sin embargo más; pues la atravesaré a menudo a lo largo y ancho, o bien en diagonal, sin seguir ni regla ni método alguno. Incluso haré zigzags y recorreré todas las líneas posibles en geometría si la necesidad así lo exige. No me gustan las personas que son tan dueñas de sus pasos y de sus ideas que dicen: «Hoy haré tres visitas, escribiré cuatro cartas, terminaré esta obra que he comenzado». ¡Mi alma está tan abierta a toda clase de ideas, de gustos y de sentimientos; recibe tan ávidamente todo lo que se presenta...! ¿Y por qué rechazaría los gozos esparcidos en el difícil camino de la vida? Son tan escasos, están tan diseminados, que habría que estar loco para no pararse, e incluso desviarse del camino para recoger todos aquellos que están a nuestro alcance. Nada hay más atractivo, en mi opinión, que seguir las ideas siguiendo su rastro, como el cazador persigue la presa sin pretender seguir ninguna ruta. De modo que, cuando viajo por mi habitación, rara vez recorro una línea recta;

voy de mi mesa hacia un cuadro que esta colocado en un rincón, de allí parto oblicuamente para ir a la puerta; pero aunque al partir mi intención sea dirigirme allí, si me encuentro en el camino con mi butaca, no me lo pienso, y me acomodo de inmediato. Qué excelente mueble es una butaca,



es sobre todo de lo más útil para cualquier hombre meditativo. En las largas veladas de invierno, es a veces agradable y siempre prudente tumbarse en ella perezosamente, lejos del estrépito de las reuniones multitudinarias. Un buen fuego, unos libros, unas plumas, ¡cuántos recursos contra el aburrimiento!

Y aún más, ¡qué placer olvidarse de los libros y las plumas para ponerse a atizar el fuego, entregándose a alguna dulce meditación o componiendo algunas rimas para alegrar a los amigos! Las horas discurren ante vosotros y caen silenciosas en la eternidad, sin que sintáis su triste pasar.

V

Después de mi butaca, caminando hacia el norte, descubrimos mi cama, que está colocada al fondo de la habitación, y que forma el paisaje más agradable. Está situada de la manera más afortunada: los primeros rayos de sol vienen a filtrarse entre mis cortinas. Los veo, en los bellos días de verano, avanzando por el muro blanco, a medida que el sol se eleva. Los olmos que están ante mi ventana los dividen de mil maneras y los balancean en mi cama, color de rosa y blanco, que, debido al reflejo, reparte por todos lados una tonalidad encantadora. Oigo el gorjeo confuso de las golondrinas que se han apoderado del tejado de la casa y de otros pájaros que habitan en los olmos: entonces mil ideas risueñas ocupan mi mente, y, en todo el universo nadie tiene un despertar tan agradable, tan apacible como el mío.

Confieso que me complace gozar de esos dulces momentos, y que siempre prolongo, en la medida de posible, el placer que experimento meditando en el suave calor de mi lecho. ¿Existe un escenario más propicio a la imaginación, que despierte ideas más enternecedoras que el mueble en el que me abandono algunas veces? Lector púdico, no temáis; pero, ¿no podré entonces hablar de la felicidad de un amante que estrecha por primera vez entre sus brazos a una esposa virtuosa? ¡Placer inefable que mi desgraciado destino me condena a no probar jamás! ¿No es en una cama donde una madre embriagada de gozo por el nacimiento de un hijo olvida sus dolores? Es ahí donde los quiméricos placeres, fruto de la imaginación y de la esperanza, vienen a agitarnos. Es finalmente en ese mueble delicioso donde olvidamos durante la mitad de nuestra vida las penas de la otra mitad. ¿Pero qué multitud de pensamientos agradables y tristes se agolpan a la vez en mi mente? Mezcla sorprendente de situaciones terribles y deliciosas.

Un lecho nos ve nacer y nos ve morir, es el escenario cambiante donde el género humano interpreta alternativamente dramas interesantes, farsas risibles y tragedias horrorosas. Es una cuna adornada de flores, es el trono del Amor, es un sepulcro.



VI

Este capítulo no es de ninguna manera sólo para los metafísicos. Va a arrojar la mayor luz sobre la naturaleza del hombre: es el prisma a través del cual se podrán analizar y descomponer las facultades del hombre, separando la potencia animal de los rayos puros de la inteligencia.

Me sería imposible explicar cómo y por qué me quemé los dedos en los primeros pasos que di al comenzar mi viaje, sin explicar, con el mayor detalle, al lector, mi teoría *del alma y de la bestia*. Este descubrimiento influye por otra parte de tal manera en mis ideas y en mis acciones, que sería muy difícil comprender este libro si no diese la clave al principio.

He notado, por diversas observaciones, que el hombre está compuesto de un alma y de una bestia. Estos dos seres son absolutamente distintos, pero tan encajados el uno en el otro o el uno sobre el otro, que es necesario que el alma tenga una cierta superioridad sobre la bestia para poder establecer la distinción.

Sé por un viejo profesor (y es de mis recuerdos más antiguos), que Platón llamaba a la materia la *otra*. Está muy bien, pero me gustaría dar ese nombre por excelencia a la bestia que está unida a nuestra alma. Es realmente esa substancia la que es la *otra*, y la que nos molesta de una manera tan extraña. Se percibe a simple vista que el hombre es doble; pero eso se debe, según dicen, a que está compuesto de un alma y de un cuerpo; y se acusa a ese cuerpo de no se cuántas cosas, pero seguramente sin razón, ya que es tan incapaz de sentir como de pensar. Es a la bestia a quien hay que echarle la culpa, a ese ser sensible, perfectamente distinto del alma, verdadero *individuo* que tiene su existencia independiente, sus gustos, sus inclinaciones, su voluntad, y que está por encima de los otros animales solamente porque está mejor educado y provisto de órganos más perfectos.

Señoras y señores, podéis estar tan orgullosos como os plazca de vuestra inteligencia; pero

desconfiad mucho de la *otra*. ¡Sobre todo cuando estáis juntos!

No sé cuántos experimentos he hecho sobre la unión de esas dos criaturas heterogéneas. Por ejemplo, he reconocido claramente que el alma puede hacerse obedecer por la bestia, y que por una molesta reciprocidad, ésta obliga a menudo al alma a actuar en contra de su voluntad. En las reglas, la una tiene el poder legislativo y la otra el poder ejecutivo, pero esos dos poderes se contrarían a menudo. El gran arte de un hombre de genio es saber educar bien a su bestia para que pueda ir sola, mientras que el alma liberada de esta penosa relación, puede elevarse hasta el cielo.

Pero hay que ilustrar esto con un ejemplo.

Cuando estáis leyendo un libro y una idea más agradable entra súbitamente en vuestra imaginación, el alma se deja cautivar enseguida y olvida el libro mientras sus ojos siguen mecánicamente las palabras y las líneas, acabáis la página sin comprenderla y sin recordar lo que habéis leído. Esto se produce porque el alma, habiendo ordenado a su compañera que le leyese, no le advirtió del pequeño despiste que iba a tener; de manera que la *otra* continuaba la lectura que ya no escuchabais.



VII

¿No os resulta claro? He aquí otro ejemplo.

Un día del verano pasado me encaminé para ir a la corte.³ Había pintado todo el día, y mi alma, complaciéndose en meditar sobre la pintura, encargó a la bestia que me condujese al palacio del rey.

¡Qué arte sublime es la pintura!, pensaba mi alma; hace feliz a aquel al que el espectáculo de

la naturaleza ha conmovido, que no está obligado a hacer cuadros para vivir, que no pinta únicamente por pasatiempo, sino que, entusiasmado por la majestad sublime de un bello rostro y por los juegos admirables de la luz que se funde en mil tonalidades en el rostro humano, intenta reproducir en sus obras efectos sublimes de la naturaleza. ¡Más feliz aún el pintor al que el amor por el paisaje le conduce por paseos solitarios, que sabe expresar en el lienzo el sentimiento de tristeza que le inspira un bosque sombrío o un campo desierto! Sus obras imitan y reproducen la naturaleza; crea nuevos mares y negras cavernas que el sol no conoce: por orden suya, verdes sotos surgen de la nada, el azul de cielo se refleja en sus cuadros; conoce el arte de alterar los aires y de hacer rugir las tempestades. Otras veces, ofrece al ojo del espectador encandilado campos deliciosos de la antigua Sicilia: vemos alocadas ninfas huyendo, a través de los cañaverales, de la persecución de un sátiro; templos de arquitectura majestuosa elevan su frontispicio por encima del bosque sagrado que los rodea: la imaginación se pierde por las rutas silenciosas de ese país ideal; las azuladas lejanías se confunden con el cielo, y el paisaje entero, reflejándose en las aguas de un río tranquilo, conforma un espectáculo que

ninguna lengua puede describir... Mientras mi alma hacía estas reflexiones, la *otra* iba a su ritmo, ¡y Dios sabe dónde iba! En lugar de dirigirse a la corte como se le había ordenado, se desvió tanto hacia la izquierda, que en el momento en que mi alma le alcanzó, estaba a la puerta de la señora de Hautcastel,⁴ a media milla del palacio real.

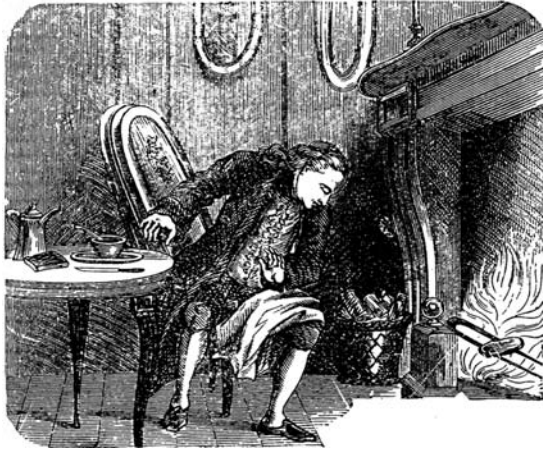
Dejo al lector que piense lo que habría ocurrido si hubiera entrado sola en casa de tan bella dama.



VIII

Si es útil y agradable tener un alma liberada de la materia, hasta el punto de hacerla viajar sola cuando se juzga oportuno, esta facultad también tiene sus inconvenientes. Es a ella por ejemplo a quien debo la quemadura de la que hablé en los capítulos precedentes. Habitualmente ordeno a mi bestia que prepare el desayuno; es ella la que tuesta el pan y lo corta en rebanadas. Hace el café de maravilla, e incluso lo toma muy a menudo sin que mi alma participe, a menos de que ésta se divierta viéndola trabajar; pero eso es inusual y difícil de ejecutar, ya que es fácil cuando se hace una operación mecánica pensar en otra cosa; pero es extremadamente difícil verse actuar, por así decir; o para explicarme siguiendo mi método, emplear a su alma en examinar la marcha de su bestia, y verla trabajar, sin participar en ello. He aquí la más sorprendente hazaña metafísica que el hombre pueda ejecutar.

Yo había apoyado las tenazas en la brasa para tostar el pan; y un rato después, mientras mi alma viajaba, he aquí que un tronco ardiendo rueda por el hogar: mi pobre bestia echó la mano a las tenazas, y yo me quemé los dedos.



IX

Espero haber desarrollado suficientemente mis ideas en los capítulos anteriores, para hacer pensar al lector y para ponerlo en disposición de hacer descubrimientos en esta brillante carrera: sólo podrá estar satisfecho de sí mismo si un día consigue que su bestia viaje sola, completamente sola; los placeres procurados por esta facultad compensarán las confusiones provocadas por ella. ¿Existe un gozo más adulator que el de ampliar así la existencia, ocupar a la vez la Tierra y los cielos, y desdoblar por así decir su ser? ¿No es el deseo eterno y nunca satisfecho del hombre el

de aumentar su poder y sus facultades, el querer estar donde no está, recordar el pasado y vivir en el futuro? Quiere ordenar ejércitos, presidir academias, quiere ser adorado por las bellas, y si posee todo esto, añora entonces los campos y la tranquilidad, y envidia la cabaña de los pastores: sus proyectos y esperanzas se topan sin cesar contra las desgracias reales inherentes a la naturaleza humana; no sabría encontrar la felicidad. Un cuarto de hora de viaje conmigo le mostrará el camino hacia ella.

¿Y por qué no deja a la *otra* estas miserables cuitas, esta ambición que lo atormenta? ¡Ven, pobre desgraciado! Haz un esfuerzo para romper tu prisión, y desde lo alto del cielo donde voy a conducirte, desde el medio de los orbes celestes y del Empíreo,⁵ mira a tu bestia lanzada al mundo correr sola la carrera de la fortuna y de los honores; observa con qué seriedad camina entre los hombres: la multitud se aparta con respeto, y, créeme, nadie notará que está sola; es preocupación menor del gentío por entre el que se pasea el saber si tiene un alma o no, si piensa o no... Mil mujeres sentimentales la amarán con locura sin darse cuenta de ello; podrá incluso elevarse, sin la ayuda de tu alma, al más alto favor y a la mayor fortuna. En

fin, no me sorprendería en absoluto si, a la vuelta del Empíreo, tu alma, al volver a su casa, se encontrase en la bestia de un gran señor.



X

No se crea que en lugar de mantener mi palabra, dando la descripción del viaje alrededor de mi habitación, divago para salir adelante: sería un error, ya que mi viaje continua realmente, y mientras mi alma, replegándose sobre sí misma, recorría, en el capítulo precedente, los recovecos tortuosos de la metafísica, yo estaba en mi butaca sobre la que me había recostado, de manera que las dos patas anteriores se habían levantado dos pulgadas del suelo, y balanceándome a derecha e izquierda, ganando terreno, había llegado inconscientemente muy

cerca del muro. Es el modo en que viajo cuando no tengo prisa. Allí mi mano había cogido mecánicamente el retrato de la señora Hautcastel, y la *otra* se entretenía limpiando el polvo que lo cubría. Esta ocupación le procuraba un tranquilo placer, y ese placer se transmitía a mi alma, aunque estuviese perdida en las vastas llanuras del cielo: pues está bien observar que, cuando el espíritu viaja así por el espacio, se mantiene unido a los sentidos por no sé qué lazo secreto, de suerte que, sin desatender sus ocupaciones, puede tomar parte de los gozos tranquilos de la *otra*; pero si ese placer aumenta hasta un cierto punto, o si se conmueve por un espectáculo inesperado, inmediatamente el alma retoma su lugar con la rapidez del rayo.

Es lo que me sucedió mientras limpiaba el retrato.

A medida que el paño quitaba el polvo y aparecían los rizos de cabello rubio, y la guirnalda de rosas con la que estaban coronados, mi alma, desde el sol a donde se había transportado, sintió un ligero estremecimiento de placer y compartió amablemente el gozo de mi corazón. Este gozo se hizo menos confuso y más vivo cuando el paño, de un golpe, descubrió la frente esplendorosa de este rostro encantador; mi alma estuvo a punto de abandonar los cielos para gozar del espectáculo.

Pero aunque hubiese estado en los Campos Elíseos⁶ o hubiese asistido a un concierto de querubines, no habría permanecido allí ni medio segundo, cuando su compañera, mostrando siempre más interés por su tarea, se decidió a coger una esponja mojada que le presentaban y a pasarla de repente por las cejas y los ojos, por la nariz, por las mejillas, por esa boca, ¡ah, Dios! El corazón me late: por la barbilla, por el seno: fue cuestión de un momento; todo el rostro pareció renacer y salir de la nada. Mi alma se precipitó desde el cielo como una estrella fugaz: se encontró a la *otra* en un éxtasis encantador, y consiguió aumentarlo compartiéndolo. Esta singular e imprevista situación hizo desaparecer el tiempo y el espacio para mí. Yo existí por un instante en el pasado, y rejuvenecí contra las leyes de la naturaleza. Sí, hela aquí a esa mujer adorada, es ella misma: la veo sonriendo, va a hablarme para decirme que me quiere. ¡Qué mirada! ¡Ven que te estreche contra mi corazón, alma de mi vida, mi segunda existencia! ¡Ven a compartir mi embriaguez y mi felicidad! Ese momento fue corto, pero fue maravilloso: la fría razón retomó enseguida su imperio, y en el intervalo de un guiño envejecí un año entero; mi corazón se volvió frío, helado, y me encontré de nuevo con la multitud de los indiferentes que pesan sobre el planeta.



XI

No hay que anticiparse a los acontecimientos: la prisa por comunicar al lector mi teoría sobre el alma y la bestia me ha hecho abandonar la descripción de mi cama antes de lo que debía; cuando la haya terminado, retomaré mi viaje en el lugar en el que lo interrumpí en el capítulo anterior. Os ruego únicamente que recordéis que hemos dejado *a la mitad de mí mismo* sujetando el retrato de la señora de Hautcastel muy cerca del muro, a cuatro pasos de mi escritorio.

Había olvidado, hablando de mi cama, aconsejar a todo hombre que se lo pueda permitir, el tener una cama de color rosa y blanco: es indudable que los colores influyen en nosotros hasta el punto

de alegrarnos o entristecernos según sus matices. El rosa y el blanco son dos colores consagrados al placer y a la felicidad. La naturaleza, dándoselos a la rosa, le ha dado la corona del imperio de Flora;⁷ y, cuando el cielo quiere anunciar una bella jornada al mundo, colorea, al amanecer, las nubes con esta tonalidad encantadora.

Un día subíamos con dificultad a lo largo de un sendero escarpado: la amable Rosalie estaba delante, su agilidad le daba alas: nosotros no podíamos seguirla. De repente, cuando llegó a la cima de un montículo, se giró hacia nosotros para retomar aliento, y sonrió ante nuestra lentitud. Jamás quizás los dos colores a los que he elogiado habían triunfado de este modo. Sus mejillas arreboladas, sus labios de coral, sus dientes brillantes, su cuello de alabastro sobre un fondo de verdor, conmovieron todas las miradas. Tuvimos que pararnos para contemplarla: no digo nada de sus ojos azules ni de la mirada que nos lanzó porque me apartaría del tema, y por otra parte no pienso jamás en ello más que lo imprescindible. Me basta con haber dado el más bello ejemplo imaginable de la superioridad de esos dos colores sobre todos los demás y de su influencia sobre la felicidad de los hombres.

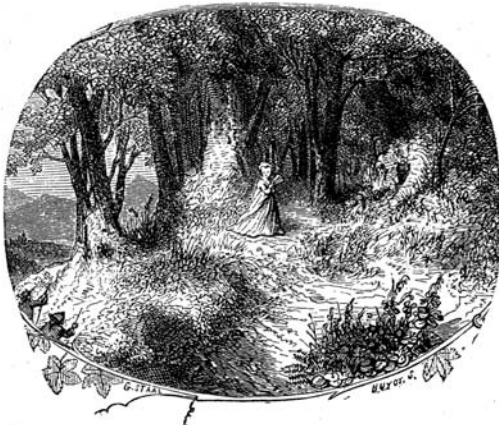
No avanzaré más por hoy. ¿Qué tema podría tratar que no resultase insípido? ¿Qué idea no des-

aparece ante esta idea? No sé cuándo podré reiniciar la obra. Si la continuo y el lector desea ver el final, que se dirija al ángel distribuidor de pensamientos y que le ruegue no volver a mezclar la imagen de ese montículo entre la multitud de pensamientos deshilvanados que me lanza todo el tiempo.

Sin esta precaución, adiós viaje.

XII⁸

.....
..... El otero.....
.....
.....
.....



XIII

Los esfuerzos son inútiles; hay que aplazar la partida y descansar aquí a mi pesar: es una etapa militar.



XIV

He dicho que me gustaba especialmente meditar en el dulce calor de mi lecho y que su color agradable contribuye mucho al placer que encuentro en ello.

Para procurarme ese placer, mi criado ha recibido la orden de entrar en mi habitación media hora antes de a la que he resuelto levantarme. Lo oigo andar ligeramente y *trajinar* por la habitación con discreción; y ese ruido agradable me procura el placer de sentirme dormir; placer delicado y desconocido por mucha gente.

Uno está lo bastante despierto para darse cuenta de que no lo está del todo y para calcular confusamente que la hora de los negocios y de los problemas está todavía en el reloj de arena del tiempo. Insensiblemente, mi hombre se vuelve más ruidoso; es tan difícil obligarse a hacer algo; además él sabe que la hora fatal se aproxima... Mira mi reloj, y hacer sonar los dijes para advertirme, pero hago oídos sordos, y para alargar aún más esta hora encantadora, no existe ninguna clase de embrollo que no le haga padecer yo a ese pobre desgraciado. Tengo cien órdenes preliminares que darle para ganar tiempo. Sabe muy bien que esas órdenes que le doy de bastante mal humor son sólo pretextos para permanecer en cama sin parecer que lo deseo. Finge no darse cuenta, y yo le estoy realmente agradecido.

Por fin, cuando he agotado todos mis recursos, avanza hasta el centro de mi habitación y se

planta ahí, los brazos cruzados, en la más perfecta inmovilidad.

Me confesarán que no es posible desaprobarme mi pensamiento con mayor determinación y discreción, así que no me resisto jamás a esta invitación tácita; extendiendo los brazos para testimoniarle que he comprendido, y heme aquí sentado.

Si el lector reflexiona sobre la conducta de mi criado, podrá convencerse de que en ciertos asuntos delicados, como lo es éste, la simplicidad y el buen juicio valen infinitamente más que el espíritu más hábil. Me atrevo a asegurar que el discurso más estudiado sobre los inconvenientes de la pereza no me decidiría a salir tan prontamente de la cama como el reproche mudo de M. Joannetti.

Es un perfecto caballero este M. Joannetti, y al mismo tiempo es quien, de entre todos los hombres, mejor le convenía a un viajero como yo. Está acostumbrado a los frecuentes viajes de mi alma, y no se ríe nunca de las incongruencias de la *otra*; incluso la dirige algunas veces cuando está sola; de suerte que podría decirse entonces que está conducida por dos almas. Cuando se viste, por ejemplo, me advierte con un gesto que está a punto de ponerse las medias al revés o el vestido antes de la chaqueta. Mi alma se divierte a veces viendo al pobre Joannetti correr detrás de la loca

bajo los pórticos de la ciudadela, para advertirle de que había olvidado su sombrero; u otra vez, el pañuelo.

Un día (¿lo confesaré?), sin ese fiel sirviente que la alcanzó al pie de la escalera, la alocada se dirigía hacia la corte sin espada, tan descaradamente como el gran maestro de ceremonias llevando la augusta vara.



XV

«Toma, Joannetti», le dije, «cuelga ese retrato.»
Él me había ayudado a limpiarlo, y sospechaba tan

poco lo provocado por el capítulo del retrato como de lo que pasa en la Luna. Era él quien, por iniciativa propia, me había mostrado la esponja mojada, y quien, por este acto en apariencia indiferente, había hecho recorrer a mi alma cien millones de leguas en un instante. En lugar de devolverlo a su lugar, lo sujetaba a su vez para secarlo. Una dificultad, un problema que resolver, le daban un aire de curiosidad que yo detecté. «Veamos», le dije. «¿Qué tienes que reprocharle a este retrato?» «¡Oh! nada señor...» «Nada, seguro?»

Lo apoyó de pie en una de las baldas de mi escritorio; después, alejándose algunos pasos dijo: «Me gustaría que el señor me explicase por qué este retrato me mira siempre, cualquiera que sea el lugar de la habitación donde me encuentre. Por la mañana, cuando hago la cama, su rostro se vuelve hacia mí, y, si voy a la ventana, me vuelve a mirar, y de camino me sigue con los ojos.» «De manera, Joannetti —le dije—, que si la habitación estuviese llena de gente, ¿esta bella dama miraría por todos lados y a todo el mundo a la vez?» «Oh, sí, señor.» «¿Sonreiría a los que van y vienen del mismo modo que a mí?». Joannetti no respondió nada. Me recosté en mi butaca y, bajando la cabeza, me entregué a las más serias meditaciones. ¡Qué rayo de luz! ¡Pobre amante que soy! Mientras tú languideces

lejos de tu querida amante, a cuyo lado quizás ya has sido reemplazado, mientras posas ávidamente los ojos en su retrato e imaginas (al menos en la pintura) ser el único contemplado, la pérfida efigie, tan infiel como el original, dirige su mirada a todo lo que la rodea, y sonrío a todo el mundo.

He aquí un parecido moral entre ciertos retratos y sus modelos, que ningún filósofo, ningún pintor, ningún observador había percibido todavía.

Voy de descubrimiento en descubrimiento.



XVI

Joannetti seguía en la misma actitud esperando la explicación que me había pedido. Saqué la

cabeza de entre los pliegues de mi *traje de viaje*, donde la había hundido para meditar a mis anchas, y para recuperarme de las tristes reflexiones que acababa de hacer. «¿No ves, Joannetti», le dije después de un momento de silencio y girando la butaca hacia su lado, «no ves que un cuadro, al ser una superficie plana, los rayos de luz que parten de cada punto de esta superficie...?» Joannetti, con esta explicación, abrió tanto los ojos que mostraba la pupila entera; tenía además la boca entreabierta: según el famoso Le Brun,⁹ estos dos gestos del rostro humano anuncian la última fase del asombro. Era mi bestia, sin duda, quien había emprendido tamaña disertación; mi alma sabía de sobras que Joannetti ignora completamente lo que es una superficie plana, y aún más lo que son los rayos de luz; la prodigiosa dilatación de sus pupilas me volvió a ensimismar, volví a meter la cabeza en el cuello de mi traje de viaje, y la hundí de tal modo que conseguí esconderla casi entera.

Decidí almorzar en ese lugar: la mañana estaba muy avanzada, un paso más por mi habitación habría retrasado mi almuerzo hasta la noche. Me deslicé hasta el borde de mi butaca, y, poniendo los dos pies en la chimenea, esperé pacientemente la comida. Es ésta una postura deliciosa, y sería, creo, muy difícil encontrar otra que reuniese

tantas ventajas y que fuese tan cómoda para las paradas inevitables de un largo viaje.

Rosine, mi perra fiel, viene siempre a tirarme de los faldones de mi traje de viaje, para que la coja, y encuentra un lecho preparado y muy cómodo, en el vértice del ángulo que forman las dos partes de mi cuerpo: una V consonante representa de maravilla mi postura. *Rosine* se lanza sobre mí si no la cojo lo bastante pronto para su gusto. La encuentro a menudo ahí sin saber cómo ha llegado. Mis manos se acomodan ellas solas de la manera más favorable a su bienestar, sea porque existe simpatía entre esta amable bestia y la mía, sea porque el azar así lo decide. Pero yo no creo en el azar, en esa triste teoría, en esa palabra que no significa nada. Creería más bien en el magnetismo¹⁰, creería más bien en el martinismo.¹¹ No, no creeré en ello jamás.

Hay una autenticidad tal en las relaciones que existen entre esos dos animales, que, cuando pongo los dos pies en la chimenea, por pura distracción, cuando la hora del almuerzo todavía está lejos, y cuando no pienso de ninguna manera en iniciar la *etapa*, sin embargo *Rosine*, presente en este movimiento, traiciona el placer que experimenta moviendo ligeramente la cola; la discreción la mantiene en su lugar, y la *otra*, que lo percibe, se

lo agradece: aunque incapaces de razonar sobre la causa que lo produce, se establece entre ambas un diálogo mudo, una similitud de sensaciones muy agradable y que no podría ser de ninguna manera atribuida al azar.



XVII

Que no se me reproche ser prolijo en los detalles, es la costumbre de los viajeros. Cuando se parte para subir al Mont-Blanc, cuando se va a visitar la ancha abertura de la tumba de Empédocles,¹² nunca falta la descripción exacta de las mínimas circunstancias, el número de perso-

nas, el de los mulos, la cantidad de provisiones, el excelente apetito de los viajeros, en fin, todo, hasta los traspies de las monturas, todo queda cuidadosamente registrado en el diario, para la instrucción del universo sedentario. Siguiendo este principio, he resuelto hablar de mi querida *Rosine*, amable animal al que amo con verdadero afecto, y dedicarle un capítulo entero.

Desde hace seis años que vivimos juntos, no ha habido el menor enfriamiento entre nosotros, y si ha surgido entre nosotros algún pequeño altercado, confieso de buena fe que la equivocación ha sido siempre por mi parte, y que *Rosine* ha dado siempre los primeros pasos hacia la reconciliación.

Por la noche, cuando la he reñido, se retira tristemente y sin murmurar: al día siguiente, al amanecer, está al lado de mi cama, en actitud respetuosa, y al menor movimiento de su amo, a la menor señal de despertar, anuncia su presencia con coletazos rápidos en mi mesilla de noche.

¿Y por qué habría de negar mi afecto a ese ser cariñoso que no ha dejado jamás de amarme desde la época en que comenzamos a vivir juntos? Mi memoria no bastaría para enumerar a las personas que se interesaron por mí y que me han olvidado. He tenido algunos amigos, varias amantes, una multitud de relaciones, todavía más, muchos

conocidos; y ahora ya no soy nada para toda esa gente, que ha olvidado hasta mi nombre.

¡Cuántas protestas, cuántos ofrecimientos de favores! ¡Podía contar con su fortuna, con una amistad eterna y sin reserva!

Mi querida *Rosine*, que no me ha ofrecido favores, me otorga el mayor favor que se pueda otorgar a la humanidad: ella me amaba entonces y me ama aún hoy. Así, no temo decirlo, la amo con una parte del mismo sentimiento que otorgo a mis amigos.

Que se diga lo que se quiera.

XVIII

Hemos dejado a Joannetti sorprendido, inmóvil ante mí, esperando el final de la sublime explicación que yo había comenzado.

Cuando me vio hundir repentinamente la cabeza en la bata, y terminar así mi explicación, no imaginó ni por un momento que yo me hubiese quedado callado a falta de buenas razones y que él me hubiese, por consiguiente, derribado por la dificultad que me había propuesto.

A pesar de la superioridad que adquiriría sobre mí, no sintió el menor arrebató de orgullo, y no

buscó aprovecharse de su ventaja. Después de un momentito de silencio, cogió el retrato, lo devolvió a su lugar, y se retiró suavemente de puntillas. Sintió claramente que su presencia era una especie de humillación para mí, y su delicadeza le sugirió retirarse sin que yo me diese cuenta. Su conducta en esta ocasión me interesó vivamente, y lo colocó aún más en un sitio preferente de mi corazón. Tendrá sin duda un lugar en el del lector, y si existe alguien lo bastante insensible para negárselo después de haber leído el siguiente capítulo, el cielo le ha dado sin duda un corazón de mármol.

